

¿INFORMAMOS ADECUADAMENTE SOBRE AFGANISTÁN?

RAFAEL MORENO

Rafael Moreno es periodista y profesor en la Facultad de Periodismo de la Universidad Complutense de Madrid.

Tres de los periodistas de referencia a la hora de informar sobre el conflicto en Afganistán –Mónica Bernabé, corresponsal en Kabul de *El Mundo*, Mikel Ayestaran, enviado especial de *ABC*, Vocento y ETB, y David Beriain, enviado especial de Cuatro y CNN+– responden a esta pregunta y, entre otras, a cuestiones como con qué fuentes locales cuentan y a qué restricciones y presiones se ven sometidos por la actuación de las autoridades afganas y españolas.

Afganistán es el conflicto armado más complejo y difícil de todos en los que ha participado España y sus Fuerzas Armadas en los últimos 20 años. El más costoso en muertos –95 militares y guardias civiles fallecidos del total de 164 bajas mortales registradas en el exterior– y económicamente –unos 1.650 millones desde 2002, solo en el despliegue militar, y creciendo a más de un millón de euros diarios–. Algunos afirman que el futuro de la OTAN depende de una victoria en Afganistán que cada vez parece más lejana y otros aseguran que los valores fundamentales de la sociedad occidental están en juego en ese escenario, donde se lucha contra Al Qaeda y el terrorismo internacional y que unos califican como guerra y otros como misión de reconstrucción.

En un reciente debate en el Congreso, Mariano Rajoy, líder del Partido Popular, acusó al presidente del Gobierno de “falta de transparencia” y de

“no decir la verdad” sobre lo que están haciendo los más de 1.500 soldados españoles desplegados en la provincia de Badghis (al oeste del país), y, como ejemplo, habló de más de 60 incidentes armados de los que no se ha informado a la opinión pública. José Luis Rodríguez Zapatero reconoció, por su parte, que ese “escenario bélico” entraña “riesgos ciertos para la vida e integridad de los soldados”, pero resaltó su firme convicción de que las tropas españolas permanecerán allí el tiempo que sea necesario porque “la estabilidad y seguridad en Afganistán –dijo– es un objetivo estratégico en el que hay unanimidad” en el ámbito internacional. Sin embargo, es evidente que la capacidad de los políticos –independientemente del color del partido en el Gobierno– de mantener este compromiso depende, en gran manera, de la opinión pública, cuyo criterio está basado principalmente en la información que recibe sobre este conflicto. El caso de la invasión de Irak es elocuente en este sentido. Incluso paradigmático. Las encuestas más recientes apuntan a un profundo y reciente recelo de la sociedad española sobre la necesidad y utilidad de mantener allí a los soldados españoles. Desde distintas tribunas, se oyen cada vez más voces que propugnan su retirada, como, por otra parte, ya han hecho o piensan hacer aliados tan poco dudosos de deslealtad como Holanda o Canadá.

En este contexto, es justificable formularse algunas preguntas: ¿Los medios de comunicación españoles informan adecuadamente sobre lo que está pasando en Afganistán? ¿Sabemos exactamente qué están haciendo nuestras tropas allí? ¿Tenemos suficientes datos para saber con certeza si estamos ganando o perdiendo la misión y, por tanto, debemos respaldar la permanencia de los militares y la estrategia de la OTAN? ¿El Gobierno –el Ministerio de Defensa en concreto– ha contribuido a que la opinión pública española tenga un juicio informado al respecto?

Para responder a algunos de estos interrogantes, he entrevistado a aquellos periodistas españoles que mejor conocen la zona por haber viajado en numerosas ocasiones durante los últimos años a Badghis, a pesar de las dificultades, riesgos o impedimentos, internos y externos. Curiosamente, los tres forman parte de esa nueva generación de periodistas que han crecido con la crisis galopante de los medios tradicionales, el ascenso de internet

y la falta de estabilidad profesional. Los tres rondan la treintena de años, los tres son multimedia y los tres son *freelance* con relaciones laborales más o menos similares, es decir, ninguno es personal fijo de los importantes grupos de comunicación para los que trabajan en los lugares más peligrosos del planeta. Forman parte de esa nueva “clase” de periodistas que rechazan el conformismo y la seguridad de las redacciones y asumen con sorprendente tranquilidad el desafío y los riesgos de depender de la calidad y originalidad de su último trabajo. Dos son hombres, Mikel Ayestaran y David Beriain, y una mujer, Mónica Bernabé. Los dos primeros trabajan como enviados especiales –del diario *ABC*, el grupo Vocento y la cadena de televisión vasca ETB, en el caso de Ayestaran, y las cadenas de televisión Cuatro y CNN+, Beriain–, mientras que Bernabé es corresponsal en Kabul del diario *El Mundo* –la única con que cuenta la prensa española allí–, puesto que compagina con la presidencia de la Asociación por los Derechos Humanos en Afganistán (Asdha), una ONG que fundó en el año 2000 para trabajar sobre el terreno con la población local. La calidad del trabajo periodístico de los tres –caracterizado por su carácter multimedia principalmente– ha sido reconocido ya con diversos premios y, sobre todo, con el respeto de sus colegas, para los que se han convertido en referentes obligados sobre el conflicto afgano. No en vano, Bernabé viaja todos los años a Qala-i-Naw, centro de gravedad del despliegue militar español, desde 2000, mientras que Beriain lo hace de forma regular desde 2005 y Ayestaran, desde hace más de cuatro años.

El planteamiento inicial consistía en reunirlos para preguntarles conjuntamente sobre las características y condiciones de sus coberturas, las dificultades y limitaciones que encuentran o han encontrado con las fuentes –bien por parte del Ministerio de Defensa español o por los insurgentes– para informar sobre lo que ocurre en Bagdhis y sus alrededores, y los parámetros que han marcado sus decisiones periodísticas, con la esperanza de entender su capacidad real de cubrir el conflicto de forma global y comprensiva. Sin embargo, ante la imposibilidad de juntarlos alrededor de una mesa, opté por llevar a cabo un mismo cuestionario de forma independiente. Entrevisté en la misma semana, durante más de cuatro horas,

a Ayestaran y Beriain, aprovechando su estancia en Madrid, y, en el caso de Bernabé, contestó varios correos electrónicos a caballo entre sus viajes al sur del país asiático como “empotrada” en las tropas estadounidenses. Por último, agrupé sus opiniones por temas para facilitar su comprensión, contextualización y perceptiva.

Es curioso que los tres coincidan en las principales conclusiones. Reconocen que es difícil que la opinión pública española esté bien informada sobre la realidad de Afganistán por la incapacidad que han tenido de aportar los datos necesarios e imprescindibles sobre la realidad en el terreno y su evolución. En este sentido, critican por igual a los dos principales actores del conflicto –Defensa e insurgencia– por las limitaciones y restricciones que imponen a la hora de informar, aunque explican de diferente forma como ejercen cada uno este control. Bernabé es contundente a la hora de asegurar que el Ministerio de Defensa ejerce la censura al prohibir desde hace muchos años que los militares cuenten a los periodistas exactamente

LOS TRES CRITICAN POR IGUAL AL MINISTERIO DE DEFENSA ESPAÑOL Y A LOS INSURGENTES POR LAS RESTRICCIONES QUE IMPONEN A LA HORA DE INFORMAR

qué están haciendo. Ayestaran y Beriain añaden algún matiz, pero reconocen el extenso y directo control que ha mantenido y mantiene Madrid a la hora de permitir el contacto entre los periodistas españoles y los jefes militares. Beriain extiende la autocrítica a la profesión periodística en general, porque considera que no se busca con suficiente ahínco la naturaleza y características de la amenaza que busca matar a los soldados españoles (la insurgencia, los talibanes, Al Qaeda, etc.), a pesar de haber sido el único que ha entrevistado en cámara a algunos de sus líderes. Ayestaran y Bernabé admiten en este sentido que la principal razón de no contactar con los talibanes es el gran riesgo que se corre y, en opinión de la corresponsal de *El Mundo*, su negativa por principios éticos a financiar a la insurgencia, teniendo en cuenta que piden dinero antes de conceder una entrevista. Los tres convienen, sin embargo, en la opción de contratar seguridad privada

para asegurar una cierta libertad de movimiento, aunque ello implique silenciar parte de la historia. Beriain y Bernabé defienden el uso del burka o de ropas tradiciones locales para pasar desapercibidos, no ser blanco de posibles secuestros o como señal de respeto a las costumbres locales.

Asimismo, son bastante pesimistas sobre el futuro y la capacidad de la opinión pública de continuar respaldando la misión militar en el caso de que una creciente violencia incremente el número de bajas mortales, ya sean españolas o de la OTAN en general. Respecto a los militares españoles, Beriain concluye: “No podemos valorarlos ni bien ni mal” porque no conocemos con exactitud qué están haciendo. Por último, el planteamiento profesional de los tres es el mismo: “Contar la historia de la manera más fidedigna posible”. Y obtener la mejor fotografía posible de la realidad, aunque les falten muchas claves del día a día, sin entrar en debates terminológicos o políticos, en palabras de Ayestaran, para quien existe “una desinformación terrible y un desconocimiento enorme” sobre las verdaderas dimensiones del conflicto armado y nuestra participación.

- Todos trabajáis como *freelance*. ¿Condiciona esto vuestro trabajo de alguna manera? ¿Qué diferencias hay entre la cobertura que puede hacer un enviado especial y la de un corresponsal en el caso de Afganistán?

Mónica Bernabé: Se me podría calificar de corresponsal porque siempre estoy en Afganistán y trabajo regularmente para *El Mundo*, pero no tengo ningún contrato de trabajo ni nómina. Sí que cuento, sin embargo, con determinados acuerdos y, a veces, financian mis desplazamientos o algunos temas concretos que les interesan. No me considero una corresponsal de guerra, aunque mi trabajo se realiza en un país que está en conflicto. En este sentido, pienso que tampoco hay que mitificar a este tipo de corresponsal: el trabajo puede ser igual de bueno aquí que en una redacción.

Mikel Ayestaran: Yo me considero un *freelance* de grado dos porque no estoy completamente “colgado” –o de grado uno–, ya que trabajo con una cartera de clientes estable, además de que mi acuerdo con *ABC* incluye una remuneración fija. A mí me ha tocado esto, pero también es verdad

que los contratos no sirven para nada actualmente. Creo que, al no haber corresponsales permanentes, me envían a mí; no me parece una mala opción teniendo en cuenta el volumen informativo y el interés de nuestros medios en los países en que me muevo –Irán, Irak, Pakistán y Afganistán–. La diferencia fundamental es el tiempo. Tengo que estar operativo desde el minuto cero, recién llegado. Vamos con fecha de caducidad.

David Beriain: Soy una especie de contratista y trabajo en equipo con mi cámara, Sergio Caro. Ahora tenemos un contrato por una serie de reportajes con el programa “REC Reporteros Cuatro”, de la cadena de televisión Cuatro, y ahora sólo trabajo para ellos. Me considero un especialista en un determinado tipo de coberturas en sitios difíciles, normalmente con conflictos armados o guerras. Pienso que los corresponsales son fundamentales. Los enviados especiales somos una especie de paracaidistas que llegamos cuando las cosas están pasando. Afganistán es un ejemplo de ello. Mónica es la única que informa continuamente de lo que pasa. Los demás vamos con más o menos tiempo. Esto propicia que exista un déficit de información sobre lo que realmente está pasando en el terreno. Informamos de la geopolítica del conflicto y enviamos historias de color, pero no de hechos sobre el terreno. Eso no se está haciendo.

- ¿Cómo decidís qué historias o ángulos vais a cubrir del conflicto afgano?

M.B.: La respuesta es sencilla. Siempre decido yo qué temas quiero cubrir y está en función de las fuentes de información a las que tengo acceso, del interés informativo en España o de los acontecimientos noticiosos del momento.

M.A.: Lo más importante es marcarte un objetivo y tener una meta clara. Me gusta mucho hacer un seguimiento de temas o historias que he cubierto anteriormente. No tengo que “vender la moto” antes de ir, pues ya tengo una dinámica con los medios en los que trabajo y confían en mi criterio. Lo importante es tener algo que te motive y que dé unidad al viaje.

D.B.: Me pregunto: ¿A qué se enfrentan los españoles? Y de esa pregunta, empiezo a tirar: ¿Quiénes tenemos enfrente? ¿Quiénes les apoyan? ¿De

dónde sale el dinero que les mantiene? ¿Cuántos son? Es una estrategia táctica y casi científica, con el objeto de responder a este puzle que tengo en la cabeza. Nunca voy al sitio para intentar vender nada, pues ya cuento con un acuerdo previo. No quiero estar sometido a esa tiranía económica. El interés es puramente noticioso.

- ¿Con qué fuentes contáis en Afganistán? ¿Tenéis libertad para poder informar libremente de todas las partes en conflicto?

M.B.: Utilizo autoridades locales, tropas estadounidenses, población civil y la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (Aecid). Solo en los casos en que he tenido acceso a las tropas españolas, también las he utilizado como fuente. En general, no tengo libertad para poder informar libremente de todas las partes en conflicto.

M.A.: Básicamente, prensa y periodistas locales, y no he tenido problemas para el acceso a los poderes fácticos –el gobernador de Bagdhis, el *mulá*, el jefe de la Policía, etc.–. Respecto al acceso, si quieres cubrir informativamente a una de las fuerzas, necesitas que se implique. Por ejemplo, si cubres a los norteamericanos, existe una oficina de prensa y un oficial de enlace que te ayudan realmente, y tienen toda una infraestructura montada (helicópteros, etc.) para ello. En cambio, España no la tiene, por lo que es muy costoso. Hasta ahora, los españoles estaban en su zona, encerrados y aguantando el chaparrón, aunque es verdad que tampoco tenían mucho que enseñar. Ahora sí están haciendo cosas, pero no hay infraestructuras dedicadas a los periodistas.

D.B.: Me parece una pregunta fundamental. Cuento con una red de *fixers* [un *fixer* ofrece asistencia a los periodistas extranjeros, desde contactos y conocimientos del país hasta servicios de transporte y traducción] y colaboradores con los que he establecido relaciones personales desde hace tiempo. Es difícil porque el terreno es muy gris. Hace poco, uno de nuestros *fixers*, Abdul Ghafar Qadari, que tenía muy buenas relaciones con los talibanes y el Gobierno en un equilibrio difícil, fue amenazado de muerte por los primeros, que creyeron que era un espía. Tuvimos que apoyarle y sacarle rápidamente del país. La decisión más importante cuando llegas

a estos lugares como enviado especial es elegir a estos colaboradores; por eso, en mi caso, incluso firman como coautores de mis reportajes. Sin ellos, no podría hacerlos.

- ¿Habéis contactado con representantes talibanes para poder informar de las dos partes del conflicto?

M.B.: No, nunca he contactado. Las escasas veces que he tenido opción de contactar con ellos debía pagar dinero para conseguir la entrevista. No considero ético financiar a la insurgencia aunque sea para informar. Y, por otra parte, una persona que acepta una entrevista por dinero te puede vender al mejor postor por una cantidad mayor. Es decir, tampoco me parece seguro.

M.A.: En el conflicto afgano, hay dos partes o bandos. El bando de la OTAN y el bando insurgente. En el caso talibán, en la zona española, lo he intentado por teléfono, pero es muy difícil. En estas “nuevas guerras”, como las llaman ahora, nadie cubre el otro lado. ¿Por qué? En mi caso particular, porque me da miedo. Cuando he intentado alguna cosa, al final no me he fiado y lo he dejado. No porque sea políticamente incorrecto. Yo lo haría mañana mismo, si tuviera seguridad de que no me iban a secuestrar, por ejemplo.

D.B.: Los talibanes no son las FARC [Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia]. Su discurso va dirigido a la población afgana y, por tanto, tienes que buscar otra vía: las relaciones personales y muchas horas de trabajo. Nos ha pasado que algunos nos decían “ven, ven...” y, en realidad, era un intento de secuestrarnos. Es muy complicado. Es especialmente difícil cuando sabes que estás delante de personas que han matado o quieren matar a españoles, pero es parte de mi trabajo y tengo que apartar mi sentimiento personal. Contactar con ellos es difícil desde el punto de vista logístico, desde el punto de vista comunicativo y desde el de la implicación personal. Aún así, se puede hacer. Nosotros hemos probado distintas vías. Una vez incluso les enseñamos cómo usar pequeñas cámaras de vídeo para que grabaran ellos mismos su día a día, sin nuestra interferencia. En presencia de algún extranjero, su discurso suele ser muy plano.

- ¿Os habéis planteado alguna vez contratar guardaespaldas para moveros con seguridad en la zona de despliegue de las tropas españolas?

M.B.: No, nunca, al contrario. Creo que ir con escolta me convierte aún más en objetivo. Siempre llevo burka, me visto con ropas afganas y cuido la apariencia de mi equipaje [para que parezca el de una afgana] cuando viajo por carretera por Afganistán. Todos los viajes por mi cuenta a Qala-i-Naw los he hecho así, excepto en contadas ocasiones, que he podido llegar allí en avión [de la International Security Assistance Force (ISAF)].

M.A.: Nunca, y tampoco llevaré ninguna "pipa" [arma]. No me sentiría seguro, no podría trabajar así o llevando a una persona armada, aunque eso signifique que no pueda informar de algunas de las cosas que quisiera.

D.B.: No he contratado seguridad privada porque no lo he creído necesario, aunque sí que, en algunas ocasiones, hemos buscado escoltas. Una vez era el Ejército afgano, otra la Policía o, incluso, "señores afganos" que controlaban distintas zonas. En Somalia, por ejemplo, sí necesitas 50 personas armadas para moverte. En Afganistán, no. Sí es verdad que normalmente, cuando estoy en Afganistán, me dejo barba y suelo llevar el traje tradicional afgano. Es una tontería porque soy rubio, pero quizá a 50 metros no se den cuenta de que soy extranjero o me ayude a confundirme entre la gente. Me evito algún problema y, a la vez, muestro respeto hacia su cultura al adoptar algunas de sus costumbres.

- ¿Habéis recibido colaboración de las autoridades civiles y militares españolas para ejercer la labor periodística?

M.B.: Siempre he tenido colaboración de la Aecid y he podido contrastar sus declaraciones con otras fuentes. Sin embargo, normalmente, nunca cuento con la colaboración del Ministerio de Defensa ni, en consecuencia, de las tropas españolas, que cumplen las órdenes del Ministerio. Por ejemplo, en abril pasado, tan solo me dejaron un día de acceso a las tropas y sin posibilidad de salir de la base con ellas. En septiembre, solo me contestaron por escrito a una lista de preguntas, a pesar de desplazarme a Qala-i-Naw.

M.A.: Honestamente, no he tenido problemas con los militares. Los mili-

tares están allí. Tienen su PIO [Oficial de Información Pública, que está encargado de las relaciones con la prensa]. Tú le dices qué quieres y él te contesta “esto sí” o “esto no”. Fijas una agenda y a trabajar. No tiene sentido que me vaya a jugar el tipo por hacer un trabajo para él... Lo menos que puede hacer es cooperar.

D.B.: Los políticos han llegado a la conclusión de que el Ministerio de Defensa es un marrón y que, gracias a este ministerio, no hay votos que ganar. Ante esta situación, los políticos, no los militares, han decidido que lo que toca es un *catenaccio* [“cerrojo”, en italiano] informativo. Lo importante es que no les metan goles en la prensa, aunque se queden ellos sin marcar. Empate a cero. La mejor política informativa en Afganistán es ninguna. Que no se sepa nada. Luego organizan viajes, que son meras conferencias de prensa trasladadas a Afganistán. No se va a cubrir el conflicto sino a la ministra. Habría que plantearse esos viajes de “japoneseo”. En algunos casos, esta paranoia de los políticos se traslada a los militares. El resultado: sabemos muy poco de lo que realmente ocurre en Afganistán. Niegan la realidad sobre el terreno.

- ¿Qué limitaciones o restricciones han impuesto a su trabajo informativo los militares españoles en Bagdhis?

M.B.: Siempre que he ido a Qala-i-Naw, he solicitado con antelación al Ministerio de Defensa tener acceso a las tropas españolas. Solo en cuatro ocasiones –2006, 2007 y en abril y septiembre de 2010– me facilitaron información. A menudo, ni se me permite entrar en la base, a pesar de que ello me impida, por ejemplo, tener acceso al personal de Aecid, que no puede salir de allí sin escolta militar.

M.A.: Es difícil y complicado. A mediados de agosto, la última vez que estuve allí, conseguí un permiso para trabajar con las fuerzas españolas, pero no me garantizaban el transporte desde Herat a Qala-i-Naw y no encontré a ningún conductor que quisiera meterse con un blanco para ir a la base española [situada a unos 150 kilómetros, pero cuyo recorrido por carretera puede durar hasta ocho horas]. Yo no me voy a poner burka, ni pienso hacerlo. Al final, un helicóptero italiano me llevó a la base. Respecto a las

limitaciones, varían un montón. Quiero dejar claro que yo trabajo con ellos todos los años una semana o diez días, y las limitaciones son el transporte y que no puedes dormir dentro de la base. La última vez sí me dejaron acompañarles en una patrulla. Una vez que tienes el permiso de Madrid, no hay problema. Perfecto. El problema es que con España no pasa lo mismo que con el resto de países de la ISAF. Todos los demás funcionan por el sistema OTAN. Tú vas a Kabul, a la ISAF, y dices que quieres ir con los turcos o los estadounidenses y tienes un procedimiento tipo y un permiso. Con España, no. Con España, aunque tengas permisos de la OTAN, puedes estar en la puerta de la base que si Madrid no da el OK, no pasas. Así es el tema.

D.B.: Las limitaciones y controles están claros. Solo enseñan la base y los alrededores, si tienes suerte. Cuando se puede acceder a una operación, es una patrulla montada para tal ocasión mostrándote qué bien están las cosas y que no hay problemas de seguridad. Todo aquello que resume conflicto, peligro, combate o guerra no te lo muestran. Te enseñan el vehículo con el que van a patrullar, pero lo que nos interesa a nosotros es ir de patrulla con ellos. Eso no lo podemos ver. La mayoría de los ejércitos enseñan a los periodistas lo que hacen sus efectivos sobre el terreno y su trabajo cotidiano. A día de hoy, el Ministerio de Defensa [español] es uno de los más restrictivos en materia de comunicación de todos los que están desplegados en Afganistán.

- ¿Pensáis que el Ministerio de Defensa español ejerce la censura?

M.B.: Sí, sin duda alguna. Normalmente, no tengo acceso a las tropas españolas. Ni acceso a poder ver personalmente su trabajo en la zona.

M.A.: Tú puedes ir allí... La ONU va... Tú puedes ir a Bagdhis. Nadie lo prohíbe. Lo que yo digo es que si vas a informar sobre las tropas españolas, lo conveniente sería estar coordinados antes de ir para reducir los riesgos. Voy a informar de tu trabajo y lo voy a hacer bien, y colaborar entre todos.

D.B.: No me atrevería a decir que ejerce la censura. Yo lo llamo, como ya he dicho, *catenaccio*, un control del acceso cuyo interés es que no se publique nada.

- Las últimas encuestas afirman que la mayoría de los españoles están en contra de mantener las tropas de España en Afganistán. ¿Es producto de la falta de información y de un juicio razonado de lo que pasa allí?

M.B.: En parte, sí es por falta de información. Es evidente que la opinión pública española no tiene una información completa y adecuada, debido a la dificultad de los periodistas para acceder allí por razones de seguridad y a la casi nula colaboración por parte del Ministerio de Defensa para facilitar dicho acceso.

M.A.: La realidad es que hay mucha precaución a la hora de informar, por lo que todo queda en un segundo plano. No hay un interés excesivo por informar sobre el trabajo que está haciendo la Aecid. En general, creo que no hay mucha información y que a la mayoría les da igual. Oyen Helmand y lo confunden con Herat. Pienso que hay una desinformación terrible y un desconocimiento enorme. Los militares me trasladan esa misma opinión muchas veces. "Nadie sabe lo que hacemos", me dicen.

D.B.: En absoluto está informada la sociedad española. No hay suficiente esfuerzo por parte de los medios para informar sobre Afganistán. No hay continuidad ni empeño. Solo nos acordamos de esta misión cuando hay un problema. Era evidente el regreso del poder talibán y, sin embargo, ha sido una sorpresa para mucha gente por la falta de información que existe. En este sentido, la opinión de la gente puede ser la que sea, pero no está informada porque los periodistas no lo estamos haciendo bien. Me atrevería a decir que incluso el conocimiento del propio Ministerio y del Ejército es limitado porque los medios que tienen desplegados para conocer la situación son realmente limitados. Muy pocos entienden el otro lado del conflicto.

- En vuestra opinión, ¿deberían retirarse las tropas españolas de Afganistán?

M.B.: La OTAN debería replantearse totalmente su actuación en Afganistán. Sin embargo, no creo que las tropas españolas ni las de ningún país deban retirarse ahora, aunque sí en el futuro, de forma paralela a un cambio

político, que, por desgracia, la comunidad internacional no está haciendo ni tiene ninguna intención de impulsar.

M.A.: Hay que retirar las tropas. No tiene ningún sentido lo que estamos haciendo allí. Para mantenerlas, tendrían que tener más efectivos, más activos y poder pelear con otros medios. No puedes ir a combatir si tu prioridad es no tener bajas. Al final, no están protegiendo a la población civil, sino a ellos mismos. Todos esos nuevos blindados son para protegerse ellos mismos. En el caso español, la cosa ha mejorado y ahora hay muchos más activos. Por lo demás, es una "gaita" eso de que los españoles somos diferentes a otros extranjeros para los afganos. Eso dicen los traductores. Ya se vio con la muerte de los guardias civiles [el pasado agosto, en un atentado de un suicida talibán que trabajaba como conductor de un mando de la Policía afgana y, por tanto, tenía acceso a la base española]. La reacción de la población local ha sido cero. Y creo que la desconfianza es mutua. No creo que el español se fíe mucho del afgano.

D.B.: No quiero responder a temas políticos porque creo que los reporteros no debemos hacerlo. Tampoco tengo una visión clara. Lo que ha cambiado en Afganistán es la enorme decepción de la población por la presencia internacional, y la zona española no es una excepción. La gente dice que, durante el mandato de los talibanes, se vivía con más seguridad. Ahora hay más violencia. Sí creo, sin embargo, que, después de tanto dinero invertido, el contribuyente español tiene derecho a saber cómo es la misión, el día a día. ¿Podemos saber qué hacen los norteamericanos o los italianos pero no los españoles? Eso va en detrimento de nuestros militares, pues no podemos valorarles realmente, ni para bien ni para mal. ☒